

UNIVERSITY OF ARIZONA

UNIV. OF ARIZONA

PQ8097.P7 C35

Prado, Pedro/La casa abandonada; parabol mn



3 9001 03818 7103

Item 167

10.00

LA CASA ABANDONADA

PEDRO PRADO

PQ
8097
P7
C35

LA CASA ABANDONADA

PARÁBOLAS Y PEQUEÑOS ENSAYOS



IMPRENTA UNIVERSITARIA
— Bandera 130 — SANTIAGO —
1912

LAS DEFENSAS DE LA VIDA

ASTUTA es la vida. Te da el placer del apetito para que mantengas a tu cuerpo; el goce del amor para que sirvas a tu especie; la tranquilidad de tus juicios sucesivos para acallar el ánsia de saber que te devora.

Todo lo que sientes, lo que haces, lo que sabes, lo que dudas, lo que ignoras, cada vez que los consideras, proyectan sombras, que son los juicios que te merecen.

Juzgar es tu actividad mas constante. Quien percibe, distingue; i ya la percepcion es juicio oculto. La imperiosa necesidad de hacer algo es en si misma un juicio irresistible.

Cuando al pensar discutimos, el acto de juzgar se nos hace evidente. I cuando arribamos a

la duda, la duda misma se nos ofrece como un campo de accion. En el sufrimiento que ella produce, nos duele lo que esa duda encierra i los obstáculos que se oponen a la actividad permanente de juzgar. Pero aun la duda tiene un perfil de certidumbre: arranca de los últimos límites conocidos. Ved cómo dudamos para cada caso con intensidad diversa, con vision mas o menos clara. I ved cómo al hacer distinciones entre las características de lo dudoso, juzgamos a la misma duda.

La ignorancia misma no es un vacio de juicio. Las débiles apariencias de nuestras ignorancias, tienen realidades propias que permiten diferenciarlas. Hai gradaciones sobre lo que no sabemos. Aun cuando medites en las cosas que no conocerás jamas, en la raiz oculta de la vida i del mundo, tus soluciones antojadizas, como pasar de nieblas, dejarán en ti un residuo que es forma de juicio sobre lo que no puedes juzgar.

Ya lo ves; del pasado remoto al futuro infinito, vuela tu juicio. No olvides que ni la duda ni la ignorancia lo detienen. No olvides que necesariamente en fuerza de ser quien eres, juzgarás, lo deseas o nó, lo poco que sabes, lo mu-

cho que ignoras. Piensa a menudo en que acaso esta fuerza que te lleva a juzgarlo todo, es una defensa de la vida. La vida ha menester de tranquilidad interior i el hombre tiene vehemencia por saber. I si ésta te lleva a la inquietud, aquella te empuja a darte soluciones. De tu necesidad de paz manan tus juicios lijeros. De allí tambien puede nacer la indiferencia, que es la forma ciega del juicio cuando el espíritu es débil, o es actitud de vida, defendiéndose de la incertidumbre dolorosa.

Nuevamente te digo: recuerda que tienes que juzgarlo todo; así verás en ello una necesidad de tu alma atribulada, no un juicio cierto sobre las cosas de la vida. I esta será la mas justa manera de juzgar a tu propio juicio.

LA CASA ABANDONADA

ALTA va la luna i las nubes volando en torno.
De vez en vez cae una nube como una mariposa en las llamas de la luna i hai una pasajera oscuridad. Luego, el cuerpo consumido de la mariposa rueda por los rincones oscuros de la noche.

Viento del otoño alegre, ensaya un silbido agudo. Los árboles le hacen reverencias. Afanasas las arañas, zurcen los vidrios rotos de la casa abandonada, i continuos calofríos estremecen los yerbajos del patio.

—Mala la noche—dicen los grillos que cruzan por entre los escombros.

—Mala la noche—repiten los pájaros, que

no pueden conciliar el sueño con el loco vaiven de las ramas.

—¿Volverá?—preguntan los medrosos caracoles.

Bajo el bosque de ortiga i malvaloca, cruzan las ratas por vereditas que penetran a los cuartos vacíos. Los pisos de madera se pudren i se deshacen. Las paredes desconchadas, con grandes agujeros, evitan las revueltas inútiles.

Las cabezotas de los cardos que se yerguen al frente de las puertas, vaciaron sus enjambres en las piezas solitarias.

Cuando penetra una racha, bailan las plummillas la danza del viento.

I la rata blanca, que anida en un escondrijo, se desespera con la fuga de los vilanos, porque son el abrigo de sus ratoncillos.

—¿A dónde vais—chilla—locos, mas que locos?

—No lo sabemos, señora. Preguntádselo al viento.

—¿Os dejais arrastrar por ese vagabundo?

—Hemos sido hechos para él. El polvo i las hojas i las aspas de los molinos, están en-

cargados de hacer visibles a las ráfagas que soplan vecinas a la tierra. Las nubes i los vila-
nos denunciamos a los vientos altos, que sólo
en nosotros los perciben los ojos.

—Estraña ocupacion.

—¿Pequeña os parece? Hai muchos que sólo
viven para indicar el paso de las cosas invi-
sibles.

EL POETA

Los invitados se reian nuevamente de los poetas.

Se reian, porque entre ellos habia un viejo poeta. Pero las burlas no inquietaban al anciano.

—Es posible—dijo uno de los invitados— que esos hombres sean sinceros al cantar alabanzas al amor; pero ¿cómo pueden serlo cuando ensalzan el bosque, la sierra o el agua, que no poseen el hechizo del amor?

I los invitados se reian nuevamente de los poetas.

El anciano preguntó si le permitian decir algunas palabras.

—Habla! viejo mio, habla!—gritó el burlon.

—¿No recordais a vuestros padres?—dijo el poeta—¿I no viven presentes en el espíritu las cosas que rodearon a la infancia?

—Sí—contestaron todos—La memoria de los padres i de la infancia vuelve a menudo al corazon.

—Entónces ¿qué os causa asombro? preguntó el anciano.

—No comprendemos lo que quieres decir—dijeron los invitados.

—¿Por qué, en vez de decir que no comprendeis a los poetas, comenzais por negarlos?

—No te enojes por ello—le respondieron.

—I a vuestros abuelos—continuó—¿les recordais?

Mui pocos de entre nosotros les hemos conocido.

—I a los padres de vuestros abuelos?

—Ninguno les alcanzó a ver.

—Ah!—esclamó el anciano—es pequeño el círculo donde brilla la gratitud, i flaca la memoria cuando las cosas atañen al corazon.

—Deciais que ¿cómo puede el poeta alabar

el bosque? ¿Habeis estado en él? ¿I qué impresión os causó?

—La sombra era agradable; pero el silencio infundia inquietud.

—Fueron los bosques—dijo el poeta—las viviendas de nuestros abuelos mas remotos. En el agrado que produce su sombra i en la inquietud que brota de su silencio, revivís, debilitados, los sentimientos que ajitaron a los hombres de la época fabulosa.

Si poseyerais mayor cantidad de la sangre inconsciente que recuerda, la selva se habria tornado para vosotros en algo tan misterioso i divino, como lo fué para el corazon azorado de aquellos abuelos errabundos.

.....

—¿Ha trepado alguno la sierra? — prosiguió—I, llegado a las rocas calvas de la cumbre, se ha detenido a contemplar el valle?

—Sí, i hemos sentido que el vértigo nos rodeaba.

—I habeis alcanzado el límite donde termina la tierra i comienza el mar?

—Sí; i sentimos que el mar, igualmente, produce vértigo.

—¿I qué decis de la lluvia cuando cae sobre los campos?

—El corazon se entristece cuando la lluvia cae sobre los campos.

—Somos tierra i agua—dijo el poeta—i tornaremos a la tierra i al agua.

El vértigo de la montaña i del mar es el sentimiento de nuestra oculta conciencia al encontrarse ante las fuentes vivas. ¿No traen una vaga tristeza la montaña i el mar? Es triste aun el recuerdo mas lejano.

.....

—Cien veces—continuó—habreis visto una noche de estío, cruzada, lentamente, por el vuelo de la luna.

—Sí, i siempre las noches de estío nos parecieron hermosas.

—Si poseyerais la sangre inconsciente que recuerda—dijo el poeta—la noche, que hace sensible el mar de sombras que nos rodea, hubiese sobrecojido i arrebatado a vuestro espíritu, postrado en oracion ante la imájen de la primera edad del mundo, cuando sólo era la oscuridad impenetrable i en ella, como som-

bras en la sombra, aguardaban fundidas todas las cosas.

Como vosotros recordais a vuestra infancia i a vuestros padres, el poeta siente que es capaz de recordar cuándo fué sombra, como sombra de la noche; cuándo fué agua, como agua del mar...

Ah! — esclamó — veo con dolor que cada día son mas escasos los que aman sus cantos, i sé que los pocos que alaban su fantasía ignoran que la fantasía es la memoria recóndita.

I el anciano, al despedirse, dijo a los invitados:

—Como el recuerdo de vuestros padres os apena i os contiene en el camino de la injusticia, el oscuro i remoto recuerdo que hiere continuamente el corazon del poeta le torna triste i bueno.

No os burleis de ellos, porque el dia en que dejasesen de existir, con su silencio caeria en el olvido el acento redivivo del pasado del hombre; i la humanidad seria cruel e indiferente, como el hijo sordo a la voz de la sangre.

EL SUEÑO DEL AMOR

Soir un cabritillo que se estrecha contra su madre. Ah! qué pequeño me encuentro entre tus brazos, mujer.

Mi alma es el alma blanca de un niño que sólo ambiciona una ternura maternal.

Cuán suave es el silencioso calor de tu piel. Un bienestar desconocido me priva de toda sensacion precisa. Me siento llevado muellemente por una nube perezosa i sorda.

Cuán dulces i tibios son tus brazos. Tus brazos blandos, me rodean como la tierra jugosa de la primavera. Lleno como me encuen-

tro de una profusa vaguedad de deseos, soi entre ellos una simiente hinchada por las flores que se insinúan.

Mi sangre se desliza con una música vaga i penetrante, i llena como va de la fatiga del amor, debe ser mas dulce que la leche de la madre, i mas cálida que la dorada miel de las abejas.

Ah! preciosa carga que corres por mis venas, cómo engañado me llevas hacia los fabulosos senderos de los sueños. ¿Qué vale ante tí la embriaguez del opio? ¿Qué es el mas rojo de los vinos comparado con los labios de esta dulce mujer?

Pensamiento mío, vela en mi beneficio. No te rindas. No te dejes envolver por esta somnolencia que se arrastra callada como una serpe. Haced porque, en vez de hundirme en una felicidad oscura, quede largo tiempo consciente de esta alegría profunda!

Mujer, tu alma que dormia me sonríe des-

de su encantado retiro i tus labios se me ofrecen. Cuán poderoso habrá sido el murmullo de mis pensamientos, cuando ha logrado penetrar en tus ensueños...

¿Por qué en vez de esos sueños que con el alba se disipan, no viene la muerte a eternizar este momento?

Todo mi cuerpo la desea, como si hubiese cumplido su mision, i yo la llamo en silencio porque ahora seria sabio morir.

Oh! gusanos de la seda, ¿por qué, como vosotros, no cerramos el círculo de la vida con el broche de oro del amor? Yo os he visto sobre las verdes hojas de la morera. Qué ardor en el moveros continuamente i qué prisa para crecer.

Pero la inquietud, que todo lo acecha, hace presa de vosotros cuando os pareceis a los dedos suaves i gordos de los niños.

Indecisos dejais en olvido las hojas sabrosas, i de aquí para allá, irresolutos, vais, como los hombres que despues de haber luchado largo

tiempo, se preguntan, por vez primera, si vale la pena continuar una vida semejante.

Hastiados de un mismo i continuo afan, heridos por la filosofía, buscais un rincon tranquilo. Pero ¿cómo juzgar con claridad sin tener la costumbre de pensar?

Ah! pero vuestra vida, al parecer sencilla, ha sido rica en episodios. No existen dos hojas de la morera que sean iguales i cada una tiene un sabor particular.

Pensando en voz alta, rompeis a hablar inconscientemente. I el hilo de vuestras meditaciones es un hilo de seda que os envuelve i os aisla del mundo esterior.

Abstraídos en medio de vuestros sutiles i firmes pensamientos, por primera vez comprendeis el sentido de la vida i, ansiosos de rejeneracion, comenzais a florecer las alas del espíritu.

¿Quién os reconoceria en esas frágiles mari-

posas blancas? Oh! sabias mariposas; en vez de volar hacia las flores, batiendo el aire perfumado de los jardines, volais hacia el amor.

¡Cuán interminable es vuestro abrazo! I todo él acompañado por rumor de alas agitadas que atraviesan el espejismo de unos maravillosos jardines invisibles.

Sin sobresalto pasais del amor a la muerte, como gotas de lluvia cayendo sobre el mar. Los últimos golpes de vuestras alas franquearon el misterio.

I en tanto que las otras atolondradas mariposas vuelan como flores deshechas en el viento, vuestras alitas blancas se desprenden como los pétalos del azahar.

I con cuánta rapidez vuestro cuerpo, ávido de no ser, se convierte en polvo gris que vue la como incienso consumido por el fuego.

Ah! mujer, cómo pesa la deliciosa fatiga del amor. Suavemente me hundo en un estado di-

vino. I veo que aquel mi atribulado corazon,
está limpio de toda impureza. Siento que mi
carne, que ya nada desea de la vida, es como
una carne purificada.

Yo tambien quisiera, como los gusanos de
la seda, pasar de la ignorancia a la filosofía, de
la filosofía al amor, i que ésta, su dulce fatiga,
penetrarse callada en el sueño profundo de una
muerte bondadosa.

LA NIEBLA

NIEBLA espesa oculta las cosas. A cinco pasos de distancia no veo mas que sombras difusas, i a diez sólo distingo algo lechoso e impenetrable que llena el vacío.

Pienso que al avanzar llegaré donde la niebla espesa tanto, que no divisaré mis pies.

A pesar de mis temores, diez, veinte, cien pasos mas lejos, me encuentro en una situación semejante.

El que desea llegar, no encuentra impedimento en el engaño de la niebla, porque la experiencia nos dice que ella se presenta impenetrable sólo a nuestro alrededor. Bastará que caminemos para que nuestro alrededor camine con nosotros i el peligro guarde siempre una distancia suficiente para obrar.

EL VIAJERO

VIAJÓ por todos los países de la tierra i supo que eran mayores las semejanzas internas que las diferencias exteriores que presentan los pueblos.

Como en su alma anidaba un ave inquieta, deseó partir hacia países desconocidos. Pero ya no habían para él países desconocidos i quedó triste, porque el hombre desea novedad.

Ante las cosas nuevas, decía él, estamos despiertos; el hábito aun no nos ciega. Si los niños son hábiles i activos, no lo son por ser ellos los nuevos, sino por serles nuevas todas las cosas. Si con la sangre les legáramos la ciencia adquirida, los niños serían serios i de-

sencantados como los hombres. Viajeros hai, que buscan las emociones cambiantes, que permiten rehacer ese aspecto de la niñez.

Las enfermedades lo recluyeron en su casa i desde allí soltaba las palomas del recuerdo. Todas las mañanas paseó por el jardín i por el huerto de su propiedad. I aquel hombre, que sólo encontraba novedad en las cosas de los países exóticos, principió por preocuparse de los árboles, de las distintas malezas, de los insectos que pasan inadvertidos. Aprendió los nombres de todos ellos i pudo fácilmente distinguirlos. Encontró en esto un placer desconocido i tuvo la certidumbre de que el amor de los viajeros es ayudado por una suerte de miopía. Necesitan novedad, i sólo la encuentran en cosas de bulto: en nuevas costumbres, en ciudades ignoradas, en horizontes que cierran montañas desconocidas. Supo que el placer de viajar por el mundo o de viajar por el jardín de su casa, estaba relacionado con la potencia de la visión.

Con el pétalo de una flor entre los dedos, observaba las venillas de la savia que descendían la comba, como arroyos brillantes por la

falda de una colina blanca. Imperceptible pelusa cubria el pétalo, a semejanza del musgo de la tierra, i un pulgon verde abrevaba en uno de los arroyos, a la sombra de la colina.

Paisajes nuevos, puros i hermosos, se ofrecieron a los ojos del viajero, i el ave inquieta que anidaba en su alma se hizo sutil i voló unos vuelos prodigiosos dentro del pétalo de una flor, porque es un sueño aquel concepto que los hombres tienen del espacio.

EL ESPEJO

CADA vez que me observaba en un espejo recibia una impresion estraña.

—Ahí te tienes, me decia.

—Pero ¿acaso soi tan sencillo como todo eso? me preguntaba.

Aquella imájen opaca, impenetrable, parecia tan ajena a mí mismo, como si fuese la figura de otro.

Por fin, una noche descubrí el verdadero espejo.

Sobre el jardin envuelto en sombras, bajaba el pálido fulgor de las estrellas.

En los cristales de la ventana veia reflejada la luz de la lámpara i mi actitud pensativa. Pero

a traves de mi imájen pude observar la arena de los senderos, los macizos de rosas que florecian en mitad de mi pecho, las estrellas lejanas que brillaban en mi cabeza.

Pensé haber encontrado un buen espejo.

Aquella mi sombra, atravesada por franjas de arena, por rosales florecidos, por astros distantes, hablaba, con estraordinaria claridad, del oríjen de nuestro cuerpo i de las tendencias que llenan al espíritu humano.

EL BOSQUE

Con el viento, los árboles cantan una triste
despedida:

«Cuando el hombre llegue con el fuego i el
hacha, no nos será posible huir. Uno a uno re-
cibiremos todos el inmenso suplicio. Los robles
jigantes, las pataguas que florecen blancas i
olorosas campanas, el coigüe airoso, el oculto
guaguan que embalsama la selva, i otros cien,
darán una sola i compacta ceniza, con la gloria
de las hojas verdes.

«Va el hombre a destrozar el corazon de la
selva para colocar el suyo. Juzgad ¡oh, tierra
impasible que sustentas a unos i a otros! Juz-
gad ¡oh, vientos que traéis las nubes, i nubes

que traeis el mar! Juzguen asimismo las águilas que vuelan en círculos errantes...

«Un nuevo señor se apodera de la tierra. ¿Qué méritos le hacen deseable?

«Oid, vosotros, verdugos de todo lo creado, a quienes llena un eterno afán i un eterno descontento. Recibid, en nuestras palabras, el último fruto del bosque que va a morir.

«La unión de los árboles es su único templo. Una catedral gigantesca i doble, verde como una esperanza continuada, la que luce sobre la llanura, i blanca la que arraiga en las profundidades de la tierra parda.

«Hincadas nuestras raíces en el suelo, con los brazos abiertos en perpetua oración, bendecimos al cielo.

«Libres de conocer la superficie de tierras extrañas, ahondamos continuamente en la nuestra. Así la existencia es un aporte continuo de sabiduría, i hace que un árbol nunca deje de subir.

«Qué hermosos serían ¡oh, hombres! vuestros ancianos diminutos si sus cuerpos fuesen altos i rectos como el del roble centenario! I

cómo flotaría la santidad sobre la tierra si, como él, en fuerza de su anhelo constante, fueran capaces de atraer i consumirse en el rayo de los cielos.

«En mil años de crecimiento invisible, en mil años de una constancia de que no es capaz vuestra vida efímera, soportando la crudeza de mil inviernos i la esperanza de mil primaveras, hemos formado la maravillosa hermosura de una solidaridad que jamas alcanzareis vosotros.

«Alzad los ojos i ved! Ved cómo cada cual siente que los brazos de los que le rodean penetran hasta su corazon, i cómo cada cual hunde sus ramas en el corazon de los vecinos.»

LA FISONOMÍA DE LAS COSAS

UN estudiante recorria un pueblo desconocido i reparó en que las casas, con los huecos de las puertas i de las ventanas, alcanzaban cierta semejanza con la fisonomía de los hombres. Una pequeña, con los postigos entornados, a la sombra de los árboles, parecía la faz lánguida de una mujer triste; otra ultrajada por el tiempo, le infundió repulsion por su mirar torvo i cínico. Habia ventanas desvencijadas que sonreian; zaguanes oscuros, como bocas sin dientes; casitas iguales dispuestas en dos hileras, que se contemplaban como los colejiales cuando no comprenden lo que se les pregunta.

Preocupado con estas apariciones estravagantes, el joven viajero, entrada la noche, regresó a la posada. Despues de comer, i una vez metido en su cuarto, se sentó en una ancha i baja silla de brazos que le hizo sonreir, pues le recordó a cierta mujer gorda i pequeña de su pueblo.

Por la ventana se veia la noche clara. Un lejano escuadron de nubes le entretuvo como un juego de charadas: un leon furioso, caballos desbocados, una vírjen desmayada i un jigantesco oso blanco que amenazaba tragárselo todo.

—Vamos, se dijo el estudiante; ahora comprendo a los poetas: son los hombres que perciben las semejanzas. Ya fatigado, se metió en el lecho i trató de atrapar el sueño, leyendo alguno de los dos libros que había traído consigo. Uno era un tratado de moral i otro de filosofía. Lleno aun de la nerviosidad que le produjera la fisonomía de las cosas, creyó ver que en el libro sobre moral los sentimientos humanos se aplicaban a las fuerzas desconocidas. Había bondad humana, alegría humana, recompensas i castigos humanos distribuidos

por todas partes. El universo estaba lleno de nuestros sentimientos.

Su curiosidad mas i mas excitada, le hizo continuar con el libro de filosofía. En un comienzo no encontró nada de particular; pero luego sospechó que, de vez en cuando, los filósofos veian, en vez del mundo, a sus propias ideas, ni mas ni menos que él veía fisionomías humanas en las fachadas de las casas.

Entonces, el estudiante, escribió en su libreta de apuntes este pensamiento, que no comprendieron sus amigos:

«Los ojos de los hombres tiñen de hombre a las cosas que observan; los sentimientos de los hombres visten de sentimientos humanos a lo que es indiferente; las ideas de los hombres reducen el mundo a una cosa que se parece al hombre.»

EL PODER DE LA SANGRE

DEL dedo herido veia caer gotas de mi sangre. Brotaban lentamente, hinchábanse cada vez mas i, al brillar como los granos de la granada, se desprendian sin ruido para hundirse resueltas en el agua de una fuente campesina.

Cien gotas cayeron en ella i toda se tornó roja como si fuese sangre vertida por la tierra.

Un ermitaño que pasaba por el sendero, pálido de asombro me preguntó:

—¿Dónde te has herido?

—Una rama me hizo este pequeño rasguño; ved—contesté sonriendo.

—Pero ¿cómo puede ser que una herida

tan pequeña haya manado la sangre necesaria para llenar la fuente?

—¿Por qué olvidas—le dije—que la sangre es poderosa? Basta mui poco de ella para convertir en púrpura a un agua considerable.

Cien gotas han caido aquí i tú ves: el agua dócil es ahora sangre de mi sangre.

¿Has oido decir que la sangre es espíritu? Ante la vista tienes el milagro de su poder Medita en ello.

La boca es la herida del espíritu.

Manan de allí las palabras como las gotas de sangre que vierten las heridas i caen en el aire como en agua transparente i débil.

Ah! si distinguieras esta brisa que te lleva cuanto digo, mudo de asombro la verias tenida de mi espíritu seguir por los campos su vuelo vagabundo.

LAS PATAGUAS

Yº que conozco mi patria como el hortelano
los rincones de su heredad, he buscado en
ella algun símbolo hermoso para ofrecerlo a
los que forman el alegre corro de la juventud
americana.

Traigan otros el laurel oscuro o las hojas
temblorosas de la palma, i vuélvanse todos
portadores de su rama de olivo; que yo tam-
bién traigo mi brazada de leña, i he aquí que
la arrojo dichoso en medio de esta hoguera
santa que ablanda los corazones, como pan-
les que derriten por fin la miel de que van
llenos.

Ah! mis amigos, cuán dulce es la amistad

de los jóvenes i cuán deseable su bulliciosa in-jenuidad! Al creer en la poesía, permitid que yo, poeta libre como las aves locas, os comen-te mi envío.

Allá en los lejanos campos de mi tierra, donde los árboles bajan a lo mas profundo de las hondonadas a beber el agua clara, alientan multitud de bellezas i de enseñanzas que se ofrecen a los ojos agradecidos de los perspi-caces.

Allí vive un árbol hermoso, que no hiere el hacha de los leñadores i que por ser el prefe-rido de las aves, va cubierto de nidos que pen-den de las ramas como los verdaderos frutos de la patagua.

Las pataguas son jígantes de troncos in-mensos que, al penetrar en la tierra, se bifur-can como las pezuñas hendidas de los bueyes. Pero esos troncos soberbios han sido formados por numerosos vástagos que fueron aproxi-mándose, estrechándose, penetrando los unos en los otros hasta fundirse en un solo madero nudoso, el mas imponente de los bosques cen-trales de mi patria.

Como los jóvenes arbolillos, emerjiendo de

puntos diversos, se inclinaron hacia un centro comun, se ha formado, i queda bajo el árbol viejo, una concavidad que los leñadores aprovechan. Ahí, cada patagua, como en un lugar de sacrificio, albergará el fuego del montañes para librarlo de las ráfagas violentas. I no temais que las llamas hieran su vitalidad. La union es tan estrecha, que resbalan en esa carne como sobre la peña dura.

I mas que amparadoras del fuego lo son del agua sana. De aquí, talvez, el oríjen de su nombre. Sabed que todas las fuentes mas cristalinas, que todos los arroyos mas frescos, nacen del pie de una patagua. Ninguna merece como ésta el nombre de agua de la vida, porque en sus márgenes los hombres, que la prefieren entre todas, levantan sus casas, que el viajero ve reflejarse en la pureza del cristal como flores de humanidad.

¡Bendito sea el árbol siempre verde que se ofrece a los nidos, que ampara el fuego i que mana el agua de la vida! ¡Estos son sus verdaderos frutos; i todos ellos se deben a aquella union poderosa que atrajo a los vástagos dispersos para fundirlos en el Señor de la Selva!

Yo os ofrezco una rama de patagua florida.
Sus flores blancas son como pequeñas campanas. ¿Qué otra forma podian tener? Reciba
cada cual la suya, colóquela en su corazon i
quede alerta al constante repique que llama a
los jóvenes a desear el fuego i el agua de la
union!

LA CONFIANZA

Las gaviotas empollan entre las rocas, confiadas en las olas que las salpican.

Los pescadores duermen tranquilos dejando sus barcos tumbados en la playa.

I vosotros, pueblos costeños i puertos bulliciosos de comercio, reposais serenos a la orilla del agua, teniendo ante los ojos el abismo i sus mareas inquietas.

Ni el cielo negro, ni el invierno crudo os turban, labradores, cuando, confiados en el verano próximo, arrojais el grano sobre el campo triste. I las noches preñadas de sombras i terrores no logran haceros desconfiar de la vuelta del sol.

Todo lo preside la confianza. Oh! buena madre de la santa paciencia! Si eres la fuente de la paz i del sueño; si eres el cimiento de todo reposo ¿por qué turbas el corazon del hombre? Tú no ignoras que su cuerpo tiene ánsia de perdurar eternamente. I tú bien sabes que cada cual comprende lo imposible de su anhelo.

Tú, tú le abrumas porque haz hecho que arraigue en sus entrañas, como una zarza sanguienta, la desoladora confianza en la muerte final.

LOS ÚLTIMOS AZAHARES

Los naranjos i limoneros salpicaban sus oscuros follajes con innumerables azahares que brillaban en los rayos de la luna. Corria un airecillo blando cargado con el perfume de las flores i con el sosiego de la noche clara. Nuestros corazones, a semejanza de las arañas diligentes, tejian un hermoso juicio sobre la vida, que brillaba como las frágiles redes de plata de las arañas que hilan.

Cientos de pájaros ocultos dormían en las espesas copas, que estremecían con lijeros sobresaltos. Sólo un naranjo, el mas viejo de todos, estaba solitario. Dos años ántes, era el preferido de las aves i el que recibía mas ala-

banzas de nuestros amigos, que admiraban un ejemplar tan soberbio. Era, entonces, el mas hermoso; pero no el que producia el mayor número de naranjas doradas. Pero una oculta enfermedad hizo que amarilleasen sus hojas i, pronto, unas tras las otras, se desprendieron, como jilgueros heridos, que buscaban las altas yerbas para esconderse i morir.

Cuando llegó la primavera de ese año, el viejo naranjo, que siempre fué avaro de azahares, se llenó de ellos como de buenos propósitos; pero sus fuerzas disminuian, i mui pocos se tornaron en naranjas pequeñitas, que los niños codiciaban en sus juegos.

Anoche me he acercado a él, i, bajo la luz de la luna, desnudo de hojas i cubierto de azahares, parecia nevado con una nieve lijera i perfumada.

Ah! pero no me engañas, viejo mio. Vi que tus azahares se desprendian al paso de la brisa mas lijera. Ninguno de ellos fructificará.

Vi a los pequeños líquenes i a los musgos dorados crecer sobre tu cuerpo altivo, como crecen las yerbas sobre la tierra. Ninguno de los azahares fructificará. Son demasiado nume-

rosos para tus fuerzas escasas, que desprecian
los pájaros que duermen i que chupan miria-
das de piojillos inmóviles.

Ah! viejo mío; hubiese sido deseable dise-
minar, en el trascurso de los años idos, esta
abundancia de azahares. Pero ya es imposible.
Sobran los buenos propósitos, nacidos ante la
proximidad de la muerte, porque cuando a ésta
ya se la divisa, llega demasiado pronto...

EL REMANSO

La conversacion se hacia cada vez mas profunda. Por esto los silencios eran cada vez mas frecuentes.

El mas joven de los amigos volvió en sí i dijo:

«A medida que consideramos mayores abstracciones, la sensacion de realidad de nuestro cuerpo i de nuestra vida se debilita. Cuando llegamos, por fin, a pensar en las causas primeras, deshechos en ellas, somos tan sólo el reflejo del mundo.

«Escucha. Acompañado de un arriero en noche de estrellas i de nubes volantes, viajaba por las serranías de la costa. Los árboles negros

retorcidos por el viento del mar, los cerros enormes i poderosos de gravedad, el arriero sombrío i la esquila sonando en el silencio de la noche, pusieron una inquietud mayor en las acechanzas del camino desconocido.

«Yo ví cuando las mulas llegaron al borde de una hondonada i principiaron a descender con lentitud.

«El sendero era estrecho i oscuro.

«La esquila dejó de oírse i las mulas se detuvieron llenas de un terror extraño.

«Avancé entre los animales azorados i, mudo de estupor, ví el sendero interrumpido por una sima inmensa que, atravesando la tierra, se abría al remoto firmamento de los antípodas.

«Era una visión de eternidad!

«Brillaban en su fondo estrellas infinitas, i nubes silenciosas pasaban impelidas por un viento lejano.

«Las mulas temblorosas, atraídas por el vértigo, rodeaban el abismo.

«Aquella visión extraordinaria que llevaba el engaño a los animales inquietos por el misterio de la noche, era un remanso del estero.

«El agua, al contemplar el cielo profundo, las

estrellas radiantes, las barrancas de su cauce, se habia tornado cada vez mas inmóvil i maravillada. Poco a poco la atencion absoluta de su ser transparente hizo que la esencia de su cuerpo i de su vida se trasformase, en fuerza de meditacion, en un mundo semejante al que era objeto de su pensamiento. »

EL FUEGO

LA Flor Roja, la mas estraordinaria de las flores, la que lleva el espanto a los salvajes habitantes de la selva con sus pétalos largos i múltiples como los de una chrisanthema ardiente i colosal, se enseñoreó de mi casa reduciendo a cenizas trabajos realizados, i creed que, si hubiese sido posible, agostara los recuerdos, i al tener consistencia el porvenir, hubiera recorrido la cadena de los años futuros hasta consumir la eternidad.

Fué, no os lo podéis imaginar, un espectáculo soberbio i cruel, con el cual (¡oh alma loca!) maravillado sufria.

El salvamento! Os ayudan unos cuantos vecinos de buena voluntad, otros tantos ladrones i muchachos que entran i salen a la carrera llenos de una satisfaccion estraña al sentirse útiles. Estos diablejos darán en seguida alas a su imajinacion cuando relaten a sus abuelos, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos, hazañas estupendas.

Como continuamente me ocupan pensamientos que se ligan a las cosas que no los poseen; como soi en ocasiones voz puesta al servicio de los sin voz, sentí que el incendio queria hablar por mi intermedio. He aquí, en orden de nacimiento, sus ideas locas.

«Tú que guardas preferencias por tu labor intelectual, juzgas que la olvidaste del modo mas grosero. No te inquietes, que nada de eso ha sucedido. Acontece que ante los trances duros, los valores de la vida cambian. En medio de una existencia muelle i fácil, prima lo que colma tus goces, tu orgullo, tu parte de vanidad. Ante una catástrofe, la miseria de tu cuerpo adquiere un valor insospechado i así salvas tu vida dispersa en tu mujer, en tu hijo..... ¿Has hecho otra cosa?

«Cuando fuiste por tus poemas, ya te había cerrado el paso i los leía ávidamente, tan ávidamente que los consumí.

«No te apesadumbre su pérdida. Los aprecié con justicia i puedo declarar que sus méritos quedaron de manifiesto en las llamas pequeñitas que brotaron de cada uno de ellos. No puedes, sí, compararlas con las que floreció la madera de tus muebles; ella había sido cuerpo de los árboles, tierra hecha verdura, agua de mar caída de la lluvia.

«Un pensamiento aislado da una llama insignificante; pero imperecedera. Ella es vuestra Flor Roja. I cuando la muerte te consuma, cuando de tu voz no quede la memoria, no habrán podido morir tus pensamientos, porque no viven en tí, ni en ellos mismos. Son eternos; vienen cristalizándose desde aquella época en que nada se había separado i en que toda era una sola i palpitante inconsistencia.

«La muerte nada agota; morir es transformarse. Mutaciones continuas que no podrán lograr que algo desaparezca para siempre. Oye, tú; la nada es ya imposible! En las nieblas, en la sombra, en el silencio que pudiera

seguir a la desaparición del universo, quedaría prendido, de una manera imperdurable, todo lo que fué. Cada hecho, por insignificante que sea, lleva, como un estribillo eterno, un eco que se hará sensible en toda circunstancia, estendiéndose mas allá de los límites ponderables.

«Os dije que ante una catástrofe los valores de la vida cambian; pero, si quieres avaluar con justicia, debes suprimir la nerviosidad que entraba, el temor que ofusca.

«Despues de lo dicho, i tranquilo como ya te encuentras, da valores a tu vida para la vida i para la muerte. Hai algo que es lo primero; búscalos! Vive como ante la inminencia de un peligro i, al poseer la serenidad, serás risueño i justo.

«Si en guerra por la paz suspiras, si el dolor os mueve a buscar la alegría ¡qué la muerte aconseje a la vida! es el secreto.»

EL ENGAÑO DE LA VELOCIDAD

EL tren venia de mui léjos e iba mas léjos aun. En medio de los campos verdes, en la hosca garganta de una sierra, a la orilla de un rio claro, en ciudades alegres, el tren se detiene cada vez i descienden los que terminan su viaje i suben los que comienzan el suyo.

Camina con una velocidad vertiginosa que no turba la paz de los wagones donde la gente conversa i rie. Todos comienzan por observar el paisaje que atraviesan, pero el desfile incansable fatiga los ojos que se vuelven hacia el refugio del pequeño interior. I todos se encuentran tranquilos, porque se sienten arrebatados por ese tren que avanza en linea recta.

Ah! pero he aquí que los viajeros que descienden en los pueblos desconocidos se encuentran desorientados. Ninguno sabe hacia que lado sale el sol, i los vecinos se burlan cuando yerran al señalar los puntos cardinales.

Cuando partimos, dicen los viajeros, el oriente estaba a la izquierda de la vía; hemos venido de norte a sur; cómo es posible que ahora se encuentre a la derecha?

Un buen hombre, compadecido de la inquietud de los desorientados, les dijo: «Quién os ha dicho que habeis venido siempre en esa dirección? Es el engaño que produce la velocidad; ella nos hace creer que avanzamos sobre una línea recta. Cuando se va con rapidez, se cree al corto tiempo estar mui léjos del punto de partida; sin embargo, si sólo se ha dado una gran vuelta, qué desconcierto al encontrarse nuevamente en él!»

LOS PESCADORES

ANTES de salir el sol, fuí hacia el sitio elegido por los pescadores para echar la red. El aire era frío y limpio. El mar parecía estar lleno de aguas nuevas. Al beber el soplo de eternidad del aire y del mar, me sentí alegre y liviano como si yo también fuese ajeno a lo pasajero de la vida.

Un grupo de pescadores sacaba la red. Tres de un extremo, tres del otro, trepaban el blando declive de la playa.

Asomaron al ras de las aguas grandes peces que, en furiosas contorsiones, trataban de escapar. Corrieron apresurados los pescadores y les lanzaron lejos del alcance de las olas.

Uno, dos, tres..... contaban. Nueve docenas.
Fué una buena cosecha!

Atraido por la curiosidad, llegó otro grupo de pescadores. Los que venian en el bote echaron a su vez la red. Remaron, describieron una gran curva para desembarcar un poco mas lejos. Tres de un estremo, tres del otro, la recojieron, en seguida, lentamente. Apareció, por fin, un pequeño monton brillante. Contaron a su vez: uno, dos... cinco. I sonaron cinco golpes sordos al caer los peces contra la arena. Entre los otros pescadores, entre los afortunados, habia un anciano. Me acerqué a él i le dije:

—Buena suerte tienen ustedes, abuelo.

El viejo pescador me miró en silencio.

—Aquí, una gran pesca; allí, un resultado miserable—agregué.

—Los pescadores—me respondió—no tienen suerte. Los jóvenes, cuando principian a echar la red, creen en la buena o en la mala fortuna. Creen en ella, porque la han tentado un corto número de veces.

Hoi hemos tenido, es verdad, una buena pesca. Los vecinos la tuvieron mala. Mañana i

todo el mes i todo el año, puede suceder igual cosa; pero ya llegarán los días de las buenas pescas para ellos i de las malas para nosotros. Llegarán ántes de un año, ántes de un mes; acaso mañana mismo. ¿Cuántas veces en la vida alcanza el pescador a echar la red? No lo sé. Pero todos los viejos sabemos que, al fin de ella, cada uno habrá sacado del mar tantos peces como su vecino. Usted es joven; sólo los jóvenes creen en la buena o en la mala suerte de los pescadores.

DONDE COMIENZA A FLORECER LA ROSA

El viejo jardinero poseia una infinita variedad de rosas. Haciendo el papel de los abejorros, llevaba el pólen de una flor a otra, efectuando el cruzamiento entre los ejemplares mas diversos. De esta manera, obtenia nuevas i nuevas variedades que amaba con verdadera pasion, i que despertaban la envidia de los que no sabian imitar a los abejorros.

Como nunca regalaba una flor, adquirió fama de hombre egoista i malo. Una hermosa señora que fué a visitarlo, volvió asimismo con las manos vacías, repitiendo las palabras que le dijera el jardinero. Desde entonces, ademas

de egoista i malo, le tuvieron por loco i nadie volvió a ocuparse de él.

«Es usted tan bella, señora—le había dicho el jardinero—que le regalaría gustoso todas las rosas de mi jardín; pero, a pesar de mis años, aun no sé donde comienza una rosa a ser rosa, para cortar justamente allí i separar una flor entera i viva. Se rie usted de mí; oh! no se ria, yo se lo ruego.

«I el viejo jardinero llevó a la bella señora ante el rosal que florecía la variedad más extraña: un capullo encarnado, como un corazón abandonado, entre las espinas.

«Vea usted, señora,—decía el jardinero i sus dedos viejos i sabios acariciaban la flor—yo he seguido el curso del florecimiento de la rosa. Estos pétalos rojos salen del cáliz como las llamas de una hoguera pequeñita ¿I es posible separar una llama i conservarla ardiendo? El cáliz se adelgaza i se funde insensiblemente en el largo pedúnculo, i éste, a su vez, penetra en la rama, sin que nadie pueda precisar cuando termina el uno i comienza la otra. He visto que el tronco empalidece poco a poco al inter-

narse en el suelo, i que las raíces están unidas a la tierra por el agua que sube.

«Cómo separar una rosa i regalarla si no sé donde ella comienza? Regalaría una corola desprendida violentamente i usted sabe, señora, cuán poco viven las cosas mutiladas.

«Cuando llega Octubre i observo que los capullos hinchados se abren, yo, que he tratado de saber dónde comienza a florecer la rosa, nunca me atrevo a decir: mis rosales florecen; siempre esclamo: la tierra está florida ¡bendita sea!

«Cuando jóven, yo era rico, fuerte, hermoso i bueno. Cuatro mujeres me amaron en aquella época.

«La primera amaba mi riqueza. En manos de aquella mujer desenfrenada, se desvaneció rápidamente mi fortuna.

«La segunda amaba mi fuerza. Me hizo luchar i vencer a mis rivales, i en seguida agotó mis energías con sus caricias.

«La tercera amaba mi belleza. No cesaba de besarme, prodigándose los dictados mas lisonjeros. Terminó mi belleza con la juventud e igualmente el amor de esa mujer.

«La cuarta amaba mi bondad i se valió de ella en su propio beneficio. Conocí, por fin, su hipocresía i la abandoné.

«En aquella época, señora, era yo un rosal que tenía cuatro rosas. Cuatro mujeres cortaron cada cual la suya. Pero si el rosal alcanza cien primaveras, la rosa alcanza una tan sólo. Fué así como aquellas pobres flores, al deshojarse, se deshojaron para siempre.

«Desde entonces no sale una flor de mi jardín. I a todo el que me visita le digo: ¿Cuándo dejarás de entusiasmarte con los hechos aislados? Si eres capaz de limitar alguno, anda i corta allí donde comienza a florecer la rosa.»

LA NOCHE

La noche reinaba sobre la bahía. Una noche negra, salpicada de estrellas puras. En el extremo del muelle oía el chapoteo de las olas i contemplaba obsesionado las aguas oscuras que subían.

En algunas noches, nuestros ojos ven mas lejos que bajo la luz analista i cegadora del sol. Esa noche era de ellas. No distinguía una tabla de otra, de las que formaban el emplantillado del muelle; pero, por sobre mi cabeza, a una distancia prodigiosa, cien veces la del sol, admiraba centenares de mundos cien veces mayores que el nuestro. Algunos, pequeñísimos por la lejanía, brillaban tan sólo una vez, con el parpadeo de un punto insignificante.

El sol despierta el movimiento i apaga los astros i las meditaciones. Cuando recorre el cielo, reina en él como único soberano, i la tierra pierde la unidad de la sombra i se presenta como un conglomerado. Vemos diferenciarse a los granos de arena que forman las altas dunas, i desplegar sus hojas a las yerbas que afelpan i reverdecen las praderas.

Cuando el dia llega, nuestros hermosos proyectos de la noche nos parecen llenos de tantos i variados obstáculos, como cosas distintas se presentan ante los ojos. Aun los árboles brillantes i dóciles al viento, aun las rocas tenaces, aun nuestro vecino indiferente, adquieren las proporciones de una realidad abrumadora.

I tú mismo, mi propio espíritu, con el alba que dora la suave ondulacion de las dunas, te dispersas, como las arenas en alas del viento que sopla del mar. Tú mismo, como ellas, de una manera insensible, avanzas sofocando las promesas de los hermosos campos. Uno a uno aparecen mis deseos i apetitos, i todo yo no soy otra cosa que la indecision de fuerzas que me disgregan i me con-

quistan sucesivamente. Ah! entonces tengo necesidad de encontrar un olvidado jiron de la noche. I camino, camino por la playa húmeda hacia los lejanos pinares.

Oh! pinos rumorosos, que, sobre la falda ardiente de la arena muelle, entonais una cancion interminable en la que el viento se goza.

Oh! pinos sombríos, que sin esfuerzo alguno i con delicia para vuestro propio ser, os gozais con las ráfagas salinas, i sois el reparo de los sembrados ante las dunas que avanzan solapadas.

Oh! pinos jenerosos, para vosotros la tristeza de otoño pasa inadvertida, porque las viejas agujillas rojas caen al empuje de las nuevas agujillas verdes. Sois como los que desprecian sus anhelos antiguos, porque cien mejores i mas altos reclaman su atencion. Como ellos, continuais pletóricos de vida, i vuestras copas siempre verdes, se elevan i se ensanchan, empapando a las brisas en vuestro aroma saludable.

Oh! pinos soñadores; quién alcanza bondad como la vuestra, que perfuma mas intensa allí

donde es herida. La sierra que os penetra queda tibia, i las manos, olorosas a resina.

Oh! pinos sinceros; quién tuviera vuestros frutos alados que, para ir léjos, no han menester de tentar la gula de las aves. Ah! cuando las piñas resecas se entreabren, abandonan su colmena como enjambre de abejas voladoras.

Oh! pinos espesos, cuando el sol está sobre nuestras cabezas, vuestra sombra es fresca i deseable. Cuando todo hierva i las olas se despedazan i las altas ramas bailan enloquecidas con la borrasca, la sombra, que cae como miel de vuestras copas, cae llena de paz. Un jiron de la noche i de la meditacion queda siempre bajo vosotros. Por eso os amo, i los hombres os prefieren para que, en medio de las plazas i jardines de la ciudad, seais los que invitén a olvidar la fiebre, i a protejer el amor i el nacimiento de las ideas puras.

EL CAZADOR

CONVIDADO por un amigo, hice mi última partida de caza.

Aquella vez la escopeta que apoyaba en mi hombro, me producia una impresion extraña. Pisaba con fuerza, como un conquistador, i escojia de preferencia las yerbas altas, romazas i yuyos, para doblegarlas a mi paso; los terrones resecos para triturarlos; las pequeñas charcas para chapotear en ellas. Amaba en ese instante la vida primitiva, i con placer hubiese emprendido una lucha.

Nuestras víctimas serian los zorzales i torcazas que poblaban el bosque que descendia hacia el estero. Llegados a los primeros árbo-

les, despues de algunos mútuos convenios, nos internamos en direcciones opuestas.

Fresco olor a menta desprendian las matas de poleo. Los boldos, los peumos fragantes, los litres i los arrayanes floridos, alegres ántes bajo el sol, parecieron guardar una quietud i un silencio comparable al de un grupo de personas cuando llega un intruso. Despues de haber andado largo rato en medio de esta recelosa acojida, sentí la ligera inquietud que se apodera de nosotros cuando, entre los árboles de un bosque, que tienen no se qué lejana semejanza con los hombres, esperamos que hablen i, no obstante, permanecen callados o sólo murmuran con los vientos que pasan.

Atento al menor ruido, no encontraba una caza digna. Una sola vez divisé, tras una gruesa rama, a un zorzal que se movia con esa elasticidad siempre pronta para emprender el vuelo. Disparé, pero las municiones debieron de chocar contra las ramas. Creí que se había detenido en medio de unas quilas; pero un nuevo disparo sólo azotó las hojas verdes i las cañas flexibles.

Anduve largo rato; horas tal vez. Un matorral espeso me obligaba a dar una gran vuelta; un árbol caído torcía mi rumbo, i luego vencia una ciénaga cubierta de helechos, donde mis pies se hundian blandamente para luego salir dando chasquidos sonoros i huecos, como botellas que se destapan. Seguí algun tiempo el curso de un arroyo transparente, que descarnaba de tierra las raíces asomadas a su lecho. Hojas secas seguían los tumbos de la corriente.

Sentia cansancio, fastidio i hambre. Desazonado, contemplaba mi alrededor, cuando divisé un cartucho quemado. Sin saberlo, estaba en el mismo sitio de hacia tres horas. A la derecha, la rama gruesa, escudo del zorzal; al frente, el matorral de verdes quilas. Decidí regresar. No puedo decir cuánto tiempo estuve dando vueltas i revueltas entre los árboles, hasta que divisé por tercera vez el matorral de quilas. Me sentí desorientado i furioso. Comprendí, entonces, la verdad de aquella frase que dice: los árboles no dejan ver el bosque.

Chincoles, raras, diucas i chercanes, la plebe de los habitantes del aire, volaban entre las ramas distantes sin inquietud ninguna. Unos cuantos golpes de alas, i se encontraban sobre las altas copas. Desde allí divisarian las sementeras i el campo libre.

No sé lo que pasó por mí. Una, dos, cinco veces, disparé mi escopeta. Satisfecho de mi venganza, recojía mis víctimas i desplegaba entre mis dedos los pequeños abanicos ensangrentados de sus alas; todo inútil: no comprendemos el sentido de las alas ajenas.

Triste ante mi impotencia, ví cierta semejanza entre el pequeño bosque, que bastaba para confundirme, i mi propia vida.

El sol, que ántes no atravesara lo tupido del follaje, ya en su ocaso, penetraba fácilmente entre los troncos. Fulgor amarillo, luego anaranjado, luego rojo brillante, bañó el bosque como el reflejo de un incendio. He aquí mi guía, pensé. Recordaba que la casa de mi amigo estaba al occidente del bosque. Caminé sin descanso. Dejé a mi espalda los últimos árboles bajo el cielo violeta del crepúsculo.

La escopeta cargaba sobre mi hombro como un peso muerto. Escojí con prudencia el sendero ondulante i contemplé, por primera vez, lleno de una ternura desconocida, las yerbas sombrías i las charcas luminosas que reflejaban las primeras estrellas.

EL DIA DE FIESTA

H A llegado el dia del descanso. La mañana brilla azul. Las acacias desgranan sus ramos de flores blancas i perfumadas.

Nueva apariencia tienen las calles de la ciudad.

Pasan los hombres de negocios, los empleados, los obreros.

—¿Por qué llevais esa cara de fastidio?

—Psh!—contestan, levantando los hombros con un jesto de hastío.

—Pero ¿qué os sucede?—insisto.

—¿Qué? Pues, que nos aburrimos. Pesa este dia ocioso. No sabemos qué hacer. Vamos de aquí para allá, matando el tiempo.

—Pero habeis enfermado hasta tal estremo?—les pregunto.

—No estamos enfermos—replican.

—Sí, lo estais. La obligacion os ha corroido. Entregados por completo a vuestras ocupaciones habituales, habeis llegado a ser serviles como los malos esclavos: suspirais por ellas! Hé aquí que se os ofrece la libertad i no sabeis cómo emplearla.

Hombres que os aburris en los dias de fiesta, vuestros ojos tienen el mirar opaco i triste de los animales domésticos.

Fijaos en los bueyes sombríos: despues de la diaria faena, al encontrarse en el campo abierto, sienten como siguen gravitando, sobre las sudorosas testuces, los yugos invisibles.

EL ESPANTAJO

¿QUIÉN favorece a los sembrados i llena de temor a los pájaros hambrientos que volando chillan? Con los brazos abiertos, un espantajo ridículo bate sus ropas flojas.

¡Cuántas veces el labriego, que descansa bajo los arrayanes, ve a los pájaros, que cruzaron temerosos sobre el campo protejido por el remedio de un hombre, comer, en sus propios piés, las migajas de su pan...!

EL ECO

AL GARABÍA de escolares por el campo. Corren i gritan i se persiguen i luchan, poseidos del goce de la naturaleza i de la libertad.

El maestro los sigue sonriendo. Sabe que, si él alcanza a comprender las causas de la alegría infantil, es incapaz de entregarse a ese loco transporte que los hace morder las flores i restregar la cara en el césped oloroso.

Van a la orilla del estero, se desnudan i se bañan. Remontan la suave corriente, i metidos en el agua fresca, la beben como a una golasina.

Sentado en la arena tibia, espolvoreada de granillos de mica que brillan al sol, el maestro escribe en silencio.

Los niños entablan una batalla i se lanzan puñados de agua. A los gritos i chillidos responde el eco de la quebrada, asociándose a los juegos como un buen viejo. Sorprendidos, callan un momento. Pero luego empiezan a hacer numerosas preguntas a la quebrada, que les responde con las mismas interrogaciones.

De regreso, rodean al maestro i le ruegan que les esplique todo aquello.

—Para nosotros—dice el maestro—hai dos ecos: el eco de la voz humana sobre la tierra i el eco de la tierra en nuestros corazones. Miéntras vosotros despertabais a uno de ellos, la quebrada hizo nacer en mis oídos al mas importante. Esto escuché:

«Inmóvil estoi i los animales corren por mi falda como las sombras de las nubes. Dejad que los niños vengan a mí. Ahora les proporciono alegría; tal vez, mas tarde, les arrulle entre mis brazos. Entónces oirán las curiosas disputas de los sapos i sabrán que son inocentes las orugas que las aves persiguen.

«Madre que ignora, solo sé responder con las mismas preguntas; porque en todo soi a

ellos semejante. Inmóvil vivo i las neblinas me buscan para bajar al llano.»

Los niños, estrañados, miraron al maestro sin comprender una palabra.

Pasó el tiempo, i muchos de entre ellos no olvidaron el asombro producido por las frases oídas en aquel atardecer.

Este asombro vivo fué como un eco, que, al quedar vibrando en sus almas, les anticipó en algunos años el ser capaces de percibir la voz de la tierra.

LOS CAMINOS

TERNEIS una manera de apreciar las vidas ajenas...

Os voi a referir una parábola:

«El nuevo propietario de una viña, quejoso del terreno que tenia que malgastar en caminos i senderos interiores, resolvió plantar toda la tierra que le pertenecía.

«Cultivó el suelo con tenacidad; en Agosto podó las parras; i en Noviembre, con grandes fogatas de sarmientos i paja húmeda, contuvo el rigor de la helada de Todos los Santos.

«Cada semana regaba los surcos i al caer la noche el agua desbordada formaba largas franjas luminosas.

«En Enero, las flores de las parras dieron un olor suave i el aire se vió cruzado por las abejas. Complacido de su actividad, aguardó sin sobresaltos la cosecha.

«Los sarmientos comenzaban a curvarse con el peso de los racimos. Sólo las plantas nuevas de los caminos no tenian fruto, porque la vid demora tres años en darlo.

«Llegados los vendimiadores, principiaron por recojer la uva cercana a la bodega i fueron avanzando poco a poco. Cuando el lagar les quedó lejos, pidieron que se les proporcionara una carreta; pero el dueño se negó a ello.

«—No hai caminos—dijo.—¿Por dónde pasaría una carreta?

«La vendimia se hizo cada vez mas lenta, porque la uva la traían de un punto cada vez mas lejano.

«Entretanto los ladrones, penetraban en las noches, despojando a las mejores parras, i las primeras lluvias cayeron sobre la comarca, pudiéndose los racimos.

«Un vecino, que había aconsejado inutilmente al viñatero novicio, vino a verlo.

«Recorriendo juntos la viña, roja por el otoño,

con sus racimos blanduchos sobre la tierra que absorbia la pulpa hecha miel, el vecino dijo:

«Es preciso que haya una cinta de tierra que no produzca flores ni frutos para aprovechar, con facilidad, los de la tierra restante. Es necesario que exista un suelo que se resigne a ser hollado i polvoriento, para poner en contacto a las comarcas distantes.

«¿Qué seria de un pais que no tuviera caminos, porque sus habitantes hubiesen decidido sembrar toda la tierra?»

Esta es la parábola que os ofrezco.

Pensad, ahora, en los ríos que son los caminos de las aguas. Ellos, los que harán reverdecer a los campos, no tienen en su fondo una brizna de yerba!

Caminos son algunos hombres que vosotros, labradores, creéis inútiles. Cuando obrais conforme a tal o cual idea que, acaso sin saberlo, aprendierais de ellos, recorreis la senda que dejó trazada uno u otro de esos seres, que no produjeron frutos i que, sin embargo, son los caminos por donde transitan todos los frutos de la tierra.

LAS VARILLITAS DE VIRTUD

A CASO escribo para vosotros los jóvenes. Para los retoños del bosque que se alimentan de la tierra grasa, formada por las hojas que los mayores dieron a los vientos. Ved que el suelo hostil se ha hecho, así, cada vez mas jeneroso. I que, a semejanza del aire callado que sale al estremo de la flauta hecho música de viento, el agua de la tierra, que penetra i sube por los troncos, destila, hacia el otro estremo, las hojas verdes, la maravilla de las flores, las frutas jugosas i blandas. Cada árbol es así una varillita de virtud para con el agua oculta.

Cuando erais niños, os embelesasteis oyendo la historia del dichoso poseedor de la

varillita de virtud, que, tocándolas, transformaba en oro las piedras del camino. ¿Quién no ha deseado poseer una para sí? I cada una de las yerbas i de los árboles, i cada uno de los insectos i de los pequeños i grandes animales, i cada uno de vosotros es una varillita de virtud, que transforma en vida todo lo que por ella pasa. ¿Habria alguien capaz de reconocer en sus múltiples frutos el oríjen humilde?

Si alguna vez vuestros ojos alcanzan estas páginas, quiera mi buena suerte que me sienta absorbido como el agua de la tierra. Con qué prisa mis palabras ascenderán lijeras por vuestras almas, para convertirse, al cabo de su peregrinacion, en algo tan vivo i hermoso como una lijera inquietud, acaso fecunda en nuevos pensamientos para el juicio i para la accion.

ÍNDICE

	PÁJ.
Las defensas de la vida.....	7
La casa abandonada.....	11
El poeta.....	15
El sueño del amor.....	21
La niebla.....	27
El viajero.....	29
El espejo.....	33
El bosque.....	35
La fisonomía de las cosas.....	39
El poder de la sangre.....	43
Las pataguas.....	45
La confianza.....	49
Los últimos azahares.....	51
El remanso.....	55
El fuego.....	59
El engaño de la velocidad.....	63
Los pescadores.....	65
Donde comienza a florecer la rosa.....	69

PÁJ.

La noche.....	73
El cazador.....	77
El día de fiesta.....	83
El espantajo	85
El eco.....	87
Los caminos.....	91
Las varillitas de virtud.....	95

ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
18	9	vivas	de la vida
29	7	habian	habia
75	14	de	del

Este libro se acabó de imprimir en la
IMPRENTA UNIVERSITARIA de los
señores Valenzuela Baste-
rrica en 10 de No-
viembre de
1912.

11539

PQ8097. P7C35



a39001



004143122b

12/71

